

Génova y Liguria: soles y sombras

Ana URRUTIA*

¿Qué sería una felicidad que no se midiera por el inmenso dolor de lo existente? Porque el curso del mundo está trastornado. El que se adapta cuidadosamente a él, por lo mismo se hace partícipe de la locura, mientras que sólo el excéntrico puede mantenerse firme y poner algún freno al desvarío¹.

Th. W. Adorno

El filósofo y su sombra

Ruta (Liguria, Italia), otoño de 1886. Un hombre con aspecto extranjero sale del Kursaal Hotel d'Italia donde está alojado y se dirige hacia un pinar cercano. La vestimenta, sencilla y limpia; el rostro, intensamente bronceado; la frente, despejada; los ojos, penetrantes, veteados de melancolía y protegidos por lentes; el bigote, enorme, cubre casi por completo sus labios: Friedrich Nietzsche.

Es su cumpleaños y se regala un hermoso paseo hasta la cima del monte de Portofino, que se eleva 600 m sobre el nivel del mar distando tan sólo un km de la costa. La ascensión le depara paisajes espectaculares y la impresión de hallarse en “una isla del archipiélago griego que un azar hubiera llenado de selvas y montañas”². A pesar de su mala vista, columbra los lugares de Liguria que tan decisiva influencia han tenido en su vida y en el desarrollo de su obra: Portofino, al sureste; Santa Margherita, Rapallo y Zoagli, al este; y, al oeste, más allá del golfo Paradiso, la ciudad que Petrarca llamó la *Superba* (Soberbia): Génova... Génova... El sol del recuerdo comienza a brillar con intensidad, y surgen las sombras. Entre ellas se perfila con nitidez la sombra del catedrático de Filología Clásica de la Universidad de Basilea que, destilando tristeza y decepción, pisó por primera vez la ciudad, de paso hacia Nápoles, en otoño de 1876; algo de esa estancia fugaz retuvo su mente:

95

Seriedad en el juego.— En Génova, desde lo alto de una torre, oí en el momento de la caída de la tarde, un largo sonido de campanas; se resistía a cesar y resonaba, como insaciable de sí mismo, por encima del murmullo de las calles, en el cielo de la tarde y la brisa marina, tan triste, tan pueril al mismo tiempo, tan melancólico. Entonces pensé en las palabras de Platón

* Biblioteca Pública de Huarte/Uharte

1. ADORNO, *Minima moralia*, p. 207-208.

2. JANZ, *Los diez años del filósofo errante*, p. 294.

y las sentí de pronto en el fondo del corazón: “Todo lo humano no vale en conjunto la gran seriedad, y, sin embargo...”³.

Surge a continuación la sombra del ex catedrático que, liberada de la prisión de la profesión y en intenso diálogo consigo misma, se instala en Génova el otoño de 1880, consumando la huida iniciada en Bayreuth en 1876. Allí, en verano, con ocasión de los ensayos del *Anillo de los Nibelungos* para el primer Festival dedicado a Wagner, el joven filólogo que había comprometido su futuro profesional poniendo su brillante pluma al servicio de los intereses del músico quedó arrinconado por un incesante trajín de “admiradores”: “estaban juntos todos los desocupados mamarrachos de Europa y cualquier príncipe iba y venía por la casa de Wagner como si se tratara de un deporte más”⁴. Entonces el encantamiento se desvaneció y Nietzsche vio a Wagner: vanidad desmedida, necesidad apremiante de éxito y gloria mundana, amor al lujo, tendencia a lo teatral: un falso revolucionario; y huyó. Primero de Bayreuth y luego, progresivamente, de Wagner, de la música de Wagner, de la filosofía de Schopenhauer, de Alemania, de las brumas, del idealismo, del romanticismo, de los espejismos, narcóticos y consuelos, de la cátedra de Basilea (que debe dejar debido a la agudización de sus problemas de salud: terribles dolores de cabeza, ojos y estómago, que lo acosarían intermitentemente toda la vida), de la Filología... A partir de Bayreuth, Nietzsche quema las naves y se despide de su juventud y de la vida social. Levanta acta de ello en *Humano, demasiado humano* (1878) y *El viajero y su sombra* (1880), colecciones de pensamientos en los que, a partir de su experiencia, hace caer la luz del foco de la ciencia, del espíritu científico característico de la Ilustración, sobre todo lo que el hombre ha idealizado; esta iluminación desmitifica: despoja a las creencias y actitudes humanas de la aureola que las rodea, aureola que al caer a tierra se transforma en la sombra que todo cuerpo proyecta al recibir la luz. Sombra también el alma, que perdido su impulso hacia las alturas cae y se hace rastrera. Son aforismos impregnados de afilada crítica, que a veces le alcanzan de lleno, mostrando que no ha hurtado el cuerpo al foco; así en:

Pájaros cantores.— Los partidarios de un gran hombre tienen la costumbre de cegarse para cantar mejor sus alabanzas⁵.

y en:

El error más amargo.— Nos sentimos irreconciliablemente ofendidos cuando descubrimos que, estando convencidos de ser amados, no somos considerados más que como utensilios de gabinete y como pieza de decoración, sobre los que el dueño de la casa ejerce su vanidad ante sus invitados⁶.

Ve, pues, Nietzsche a su sombra de 1880 establecerse en Génova, con la salud deteriorada, la vida en una encrucijada, las creencias pulverizadas; y sin embargo, sonrío, sonrío porque com-

3. NIETZSCHE, *Humano, demasiado humano*, p. 302.

4. SAFRANSKI, *Nietzsche*, p. 146.

5. NIETZSCHE, *El viajero y su sombra*, p. 142.

6. *Ibidem*, p. 41.

prende ahora claramente cómo la mano poco dada a las caricias de la otrora potente República Marítima le fue aplicando, casi imperceptiblemente, sus masajes y pomadas: “Aquí cuento con barullo, y con tranquilidad, y con veredas de montaña” (...) “Después del mediodía, me siento o me tumbo casi a diario al lado del mar, en mi roca apartada, como un lagarto al sol, marchando en el pensamiento a la aventura del espíritu”⁷; así pare *Aurora*, en ella parte, como un nuevo Colón, a la búsqueda de los territorios ignotos de la mente humana y emprende la crítica de la moral, desenmascarándola como un prejuicio. Ahora, seis años más tarde, cree necesario explicar cómo realizó aquel trabajo: cavando paciente y tenazmente en la oscuridad de su propio interior, y cuál fue su hallazgo: la autosupresión de la moral consumada, por moralidad, en los inmoralistas de su tiempo, “los aeronáutas del espíritu” (...) “que virando la proa a occidente” esperan “alcanzar las Indias”⁸. Nietzsche está acompañado: habla en plural; explica todo ello en un prólogo que acompañará a *Aurora* desde la nueva edición de 1887. Dicho prólogo, escrito en Ruta, encontrará su lectora ideal —“este libro no desea más que lectores y filólogos perfectos: *aprended* a leerme bien”⁹— en otra pensadora solitaria y singular: María Zambrano, que dirá de él: “Valdría la pena existir por haberlo leído”¹⁰.



Nietzsche, desde la perspectiva que le ofrecen Ruta y los años transcurridos, sigue repasando su pasado cercano. Se ve regresando a Génova en octubre de 1881, accediendo a su vivienda en Salita delle Battistine 8, un remanso de paz en el corazón de la ciudad, gozando de un invierno —sobre todo el mes de enero: perfecto— especialmente benigno, que le permite concluir su siguiente obra: *La Gaya ciencia*, en la que indaga sobre la verdad y el conocimiento alejándose de su anterior

97

acercamiento a la ciencia. El aforismo 291 lo dedica a esa “ciudad que no es moderna ni romántica”¹¹:

Génova.— He mirado un buen rato a esta ciudad, sus casas de campo y jardines y el vasto perímetro de sus colinas y faldas habitadas, y finalmente me veo obligado a decir que veo rostros de generaciones fenecidas —esta región está cubierta de imágenes de hombres gallardos y

7. JANZ, *Los diez años del filósofo errante*, p. 53.

8. NIETZSCHE, *Aurora*, p. 213.

9. *Ibidem*, p. 27.

10. Anthropos 70/71, María Zambrano. *Pensadora de la Aurora*, p. 58.

11. JANZ, *Los diez años del filósofo errante*, p. 77.

soberanos. *Vivieron* y quisieron pervivir— así me lo revelan sus casas, construidas y adornadas para siglos, no para el día fugaz: fueron benévolos con la vida, aunque con frecuencia maliciosos entre ellos. Me parece ver al constructor reposar su mirada en todo lo cercano y lejano construido en su derredor, como también en la ciudad, el mar y el contorno de la montaña, violentar y conquistar con esta mirada: todo esto lo quiere incorporar a su plan y convertirlo, como parte integrante del mismo, en *posesión* suya. Toda esta región está cubierta de este magnífico egoísmo insaciable del afán de botín y apropiación; y así como en la lejanía esos hombres no reconocían límites e impulsados por su ansia de novedad agregaron al viejo mundo otro nuevo, también en la patria todos se sublevaban contra todos y se las ingeniaban para dar expresión a su superioridad y situar su infinidad personal entre sí y su vecino. Cada cual conquistaba su patria otra vez para sí mismo, dominándola con sus pensamientos arquitectónicos y transformándola, por así decirlo, en el solaz de su propia casa. En el norte, considerando la edificación urbana uno queda impresionado por la ley y el deleite colectivo de la legalidad y disciplina que aquella revela: se intuye esa íntima equiparación y subordinación que debe haber dominado el alma de todos esos constructores. En cambio aquí uno se encuentra a la vuelta de cada esquina a un hombre que conoce el mar, la aventura y el Oriente, a un hombre al que le repugnan la ley y el vecino como una especie de tedio y que en todo lo establecido, antiguo, fija una mirada codiciosa: con una maravillosa maña de la imaginación quisiera él fundar de nuevo todo esto, al menos en el pensamiento, ponerle la mano encima y su alma dentro —aunque sólo fuera por el instante de una tarde de sol en que por una vez su alma insaciable y melancólica se sienta saciada y en que sus ojos no querrían más que cosas propias y ninguna ajena—¹².

98

Como observa Nietzsche, el espíritu individualista de los antiguos genoveses marcó el rostro de la ciudad. A medida que las grandes familias —los Doria, Spinola, Grimaldi, Fieschi, Embriaci, Vacca, Balbi...— afianzaban su dominio y extendían sus posesiones se desarrollaba la ciudad; por ello, su trazado, que no responde a ningún plan común, tiene un aspecto tan poco simétrico y, comparado con el de las ciudades del norte de Europa, resulta más bien anárquico.

En el aforismo 281 aparece la Riviera de Levante:

Saber llevar a término.— Los maestros de primera categoría se revelan por el hecho de que en lo grande y en lo pequeño saben llegar de un modo perfecto al término, ya se trata del quinto acto de una tragedia o de una acción política. Los primeros de la segunda categoría siempre, hacia el final, se ponen inquietos y no caen al mar con la misma mesura altiva y serena que, por ejemplo, la montaña de Portofino —allí donde el Golfo de Génova llega al término de su melodía—¹³.

Quizá por esa necesidad de saber llevar a término las cosas completa en Ruta el libro, mejor dicho la obra, porque:

12. NIETZSCHE, *La Gaya ciencia*, p. 213-214.

13. *Ibidem*, p. 207.

LA GAYA CIENCIA

Esto no es un libro: ¡qué encierran los libros,
esos sarcófagos y sudarios!
El pasado es su botín:
pero aquí vive un eterno *Presente*.

Esto no es un libro: ¡qué encierran los libros!
¡qué encierran sarcófagos y sudarios!
Esto es una voluntad, una promesa,
esto es un viento marino, un levar anclas,
esto es una última ruptura de puentes,
un rugido de engranajes, un gobernar el timón:
¡brama el cañón, blanco humea su fuego,
ríe el mar, la inmensidad¹⁴.

La completa añadiéndole al final el texto “Nosotros, los intrépidos” y un prólogo en el que proclama su *curación* y pone de manifiesto los *regalos* de la enfermedad y el dolor, recurriendo con insistencia a la imagen del fuego: “Vivir —significa para nosotros transmutar continuamente todo lo que somos en luz y llama”; el agente de la combustión es “el gran dolor, ese dolor largo y lento que se toma todo el tiempo y en el cual somos quemados como a fuego lento”¹⁵. La alegría de la curación es como una “gran llamada” y el arte que se necesita después es tan “divinamente artificioso que cual llama pura se proyecta al cielo”¹⁶.

Entre el enero perfecto de Génova de 1882, en el que concluyó *La Gaya ciencia*, y su regreso a la ciudad en otoño del mismo año, se produjo el paso por la vida de Nietzsche de una estrella fugaz de nombre Lou Salomé. En noviembre encuentra Génova “fríisima y lluviosa”¹⁷ y decide trasladarse a Rapallo, en la *Riviera* de Levante. Dirige su vista al golfo del Tigullio y rememora los paseos de aquel tiempo y su encuentro con un personaje que cambiaría su vida:

Por la mañana yo subía en dirección sur, hasta la cumbre, por la magnífica carretera que va hacia Zoagli, pasando junto a los pinos y dominando ampliamente con la vista el mar; por la tarde, siempre que la salud me lo permitía, rodeaba la bahía entera de Santa Margherita hasta llegar detrás de Portofino (...) En estos dos caminos se me ocurrió todo el primer Zaratustra, sobre todo, Zaratustra mismo en cuanto tipo: más exactamente, éste me asaltó¹⁸.

En el Albergo della Posta (Hotel del Correo) se ve escribir del 1 al 10 de febrero de 1883, en un estado que calificaría de “inspiración” la primera parte de *Así habló Zaratustra*. Nietzsche

14. NIETZSCHE, *Poemas*, p. 63.

15. NIETZSCHE, *La Gaya ciencia*, p. 33.

16. *Ibidem*, p. 34.

17. JANZ, *Los diez años del filósofo errante*, p. 133.

18. NIETZSCHE, *Ecce homo*, p. 95.

ha superado el nihilismo: “permaneced fieles a la tierra”¹⁹ y la actitud meramente crítica o negativa afirmando sus alternativas: superhombre, voluntad de poder y eterno retorno, y proclamando bien alto su sí a la vida. Deja atrás asimismo el “nosotros”. Zaratustra le despista (y consuela) momentáneamente del *affaire* Lou Salomé, pero ese encuentro/desencuentro le condenaría a una soledad sin salida.

Nietzsche lanza su vista al futuro y se ve deambulando por Génova el 4 de abril de 1888 “como una sombra en medio de grandes recuerdos”²⁰. Días antes, tras equivocarse de tren, se había visto obligado a alojarse, enfermo y sin equipaje, en un hotel de Sampierdarena, barrio de Génova. En cuanto puede se acerca a la *Superba* y se despide para siempre de ella:

Agradezco a mi destino que me condenara en los años de la *décadence* a esta ciudad dura y lúgubre: ¡cada vez que se sale de ella, sale uno también de sí mismo —la voluntad vuelve a reforzarse, ya no se tiene el valor de ser cobarde—!²¹.

Luego parte para Turín, en donde su destino le ha dado cita con un caballo azotado.

El rostro de Nietzsche ha adquirido un tinte sombrío; reanuda su caminata, poco a poco, deslumbrado por los paisajes que le salen al paso, va olvidando el futuro y relajándose. Llega al hotel de buen humor, pasa a limpio lo que ha escrito mentalmente mientras paseaba: el prólogo y el nuevo final para *La Gaya Ciencia*. Algunos días más tarde se va de Ruta recordando esa idea que tanto le gusta:

100

ECCE HOMO

¡Sí. Sé de dónde procedo!
Insaciable cual la llama
quemó, abraso y me consumo.
Luz se vuelve cuanto toco
y carbón cuanto abandono:
llama soy sin duda alguna²².

La bibliotecaria y su sombra

Ruta, otoño de 2006. La bibliotecaria se encuentra en esta pequeña localidad situada en la parte occidental del promontorio de Portofino, a 300 m sobre el nivel del mar y a pocos km de Génova. Ha venido tras la sombra de Nietzsche, sí, del Nietzsche que aquí escribiera, en 1886, el prólogo de *Aurora* que hallaría en María Zambrano —habituada a buscar en su interior para hacer emerger en la mente el sentir de las entrañas: desentrañar—, su lectora perfecta. Ése —compartir una experiencia, en este caso, la de excavar en el propio interior— es

19. NIETZSCHE, *Así habló Zaratustra*, p. 34.

20. JANZ, *Los diez años del filósofo errante*, p. 465.

21. *Ibidem*, p. 465.

22. NIETZSCHE, *La Gaya ciencia*, p. 55.

el truco para *aprender* a leer bien a Nietzsche, pues “se carece de oídos para escuchar aquello a lo cual no se tiene acceso desde la vivencia”²³.

Pero la bibliotecaria ha venido a Ruta buscando también su antigua sombra. Desde el mirador de piazza Sebastiano Gaggini contempla el mar, una mancha azul cobalto, abajo; las casas rojas, amarillas, verdes, ocres, primero amontonadas y luego diseminadas por la ladera; y, en primer plano y entre las casas, el verde de palmeras, árboles frutales (con redes bajo sus copas), olivos y pinos. Se desplaza unos metros por una carretera en descenso y se detiene de nuevo para, apoyada en una barandilla, disfrutar del panorama que se le ofrece, de repente, al bajar la vista a pocos metros de donde se encuentra, descubre que está siendo atentamente observada: una coneja blanca con las orejas negras y sendas manchas negras bajo los ojos la mira totalmente inmóvil, los ojos de ambas permanecen en contacto largos segundos hasta que la coneja se esconde tras un arbusto y queda, destacando en lo verde, como una bola de nieve saltarina, un gazapito totalmente blanco que juguetea despreocupadamente antes de seguir a la madre. La bibliotecaria sonrío y recuerda que al comenzar a subir la empinada vía Gaixela ha encontrado una pareja de gatos atigrados y luego, ya en el acceso al Parque Natural creado en 1997 con objeto de salvaguardar el monte de Portofino, otros dos gatos, negros en este caso, que han clavado en ella sus ojos inquisitivos. En ellos encuentra el espíritu del Nietzsche, que la ha guiado tras los pasos del pensador por Liguria.

Después del paseo nietzscheano la bibliotecaria, de nuevo en piazza Gaggini, se sienta en uno de los bancos flanqueados de castaños de Indias y deja que brille sobre ella el sol del recuerdo y que surjan sus propias sombras: aparece así aquella bibliotecaria en ciernes que, acompañada por una incómoda desconocida (su propia sombra) anduvo por Liguria en el ya lejano 1986.

Se ve en el otoño de aquel año descubriendo en una casa de Rapallo cercana al mar una placa que recuerda que allí, en el entonces Albergo della Posta, compuso Nietzsche la primera parte

de *Así habló Zaratustra*, “destinada”, según lo que en ella consta, “a transmitir a la posteridad la inmensa profundidad del pensamiento y la genial inspiración poética”. Veinte años después la ha releído y es consciente, de pronto, de la semilla que en aquel momento cayó en su interior. Se encuentra, la placa, en la Piazzeta Est (Placita Este), a la izquierda de la Oficina de Turismo, custodiada por una adelfa de flores rosas. Muy cerca, en la parte oriental del Paseo Marítimo dedicado a Vittorio Veneto, se alza un viejo castillo defen-



23. NIETZSCHE, *Ecce homo*, p. 57.

sivo que se adentra en el mar; en esa fortaleza solitaria de dura piedra sobre la cual se posan las palomas encuentra también la bibliotecaria el espíritu de Nietzsche. Pasea por el *Lungomare*, una hermosa terraza al mar que obtiene sombra de olivos, magnolios, palmitos y palmas que lucen grávidas de frutos de diversos colores: verde, amarillo, anaranjado, grana-te, y a sus pies tienen enormes *cactus*, alguno con el esbelto tronco lignificado, otros con las anchas y espesas hojas rebosantes de nombres, fechas y declaraciones de amor; hacia el muelle, pinos.

En la parte central del Paseo, cruzando hacia el Caffè Rapallo, otra placa recuerda que en una de esas casas con vistas al mar vivió varios años Ezra Pound. La brisa marina trae palabras del poeta: "Deja hablar al viento"²⁴. La bibliotecaria se interna en la parte vieja de la ciudad, admira la Basílica de los santos Gervasio y Protasio, las originales columnas, blancas con manchas negras, de su interior, y compra arándanos (aquí reciben el nombre de *mirtilli*, en su pueblo se conocen como *abis*) en un mercado de una plaza con soportales. Su sombra juega al escondite: tan pronto desaparece como hace su aparición a su derecha, a su izquierda, avanzando por delante de ella... Regresa al Paseo Marítimo, pasa de nuevo frente al Castillo, en un recodo de la plaza Ezra Pound, junto a los baños Ariston, varios hombres están tronizando un eucalipto caído que despidе una intensa fragancia; unos metros más adelante, muy cerca del inicio de la carretera que conduce a Zoagli, su sombra, rezagada un poco al lado izquierdo, le señala una plazoleta, la bibliotecaria sólo divisa un Museo llamado Gattoglio, ex convento de

102

Clarisas, pero, ante la insistencia de la sombra, mira más detenidamente y descubre en un cartel que el nombre del lugar corresponde a un santo —español— de reciente canonización. "Deja hablar al viento", dice el viento y ambas callan.

Ha visitado Zoagli, que no conocía, y evoca desde aquí con gusto las escaleras que descienden de la estación a la pequeña playa, llenas de lagartijas y lagartos de color verde intenso, y el paseo que parte a ambos lados de la playa, desde el que avanza en dirección este observa Santa Margherita Ligure (*Santa* para los lugareños), otro lugar que le trae recuerdos. Ve a su sombra de 1986 que se dirige a la casa, cercana a la estación, donde residió algunos días de otoño y saboreó por primera vez los caquis. Ahora ha vuelto a pasear por esta bella localidad que, como toda Liguria, está atrapada entre el mar y la montaña, montaña cada vez más invadida por villas y apartamentos, entre los que asoman pinos, palmeras y adelfas. Una larga escalera permite descender directamente desde la estación de tren al Paseo Marítimo, en el que destaca una estatua de Garibaldi rodeada de flores y palmitos. La bahía es más abierta que la de Rapallo, que se cierra casi como una herradura. Las más bellas vistas de la ciudad y del golfo del Tigullio se pueden contemplar desde un antiguo Castillo de piedra y la iglesia de San Giacomo, en la zona que se eleva sobre el muelle, y, sobre todo, desde Villa Durazzo, hermosa mansión en colores rosa oscuro (paredes), verde manzana (persianas) y blanco (adornos alrededor de puertas y ventanas), rodeada de un jardín con estatuas al que se accede por diversos senderos de un parque rico en árboles: pinos, palmeras, acacias, higueras, naranjos cuyos frutos colorean el suelo, tejos, encinas, abetos con frutos rojos, magnolios,

24. POUND, *I Cantos*, p. 1.493 (traducción de la autora).

alerces, castaños... La bibliotecaria y su sombra suben por el sendero principal, empedrado con guijarros blancos y grises que forman dibujos en mosaico; otros senderos están menos cuidados: las raíces de árboles que salen al exterior y las piedras levantadas del suelo exigen cuidado para no caer. Arriba, además de la villa, se encuentran la sede de Estudios italianos de la Universidad de Génova, la iglesia de los Capuchinos y un pequeño bar con terraza. La bibliotecaria toma un té y el viento trae el recuerdo de Camillo Sbarbaro, poeta aficionado a los líquenes que nació, en 1888, en Santa Margherita. A él también le tocó la moneda de cruz: “*nuestro alimento es la amargura*”²⁵ y dar cuenta de la sombra del mundo, de su lado oscuro:

(...) Ha perdido su voz
la sirena del mundo, y el mundo es un gran
desierto.
En el desierto
me veo a mí mismo con los ojos secos²⁶.

mas tampoco él reniega de la vida, al contrario:

(...) Vida, por tus rosas que
o no se han abierto todavía o ya
se están marchitando (...)
por la gran felicidad de llorar,
por la tristeza eterna del Amor,
por el no saber y la infinita oscuridad...
Por todo lo amargo te amo, Vida²⁷.

La estrecha carretera que une Santa Margherita con Portofino es uno de los lugares más sugerentes de Liguria, discurre junto al flanco oriental del monte de Portofino dibujando curvas que bordean las pequeñas ensenadas por las que penetra el mar, la más bella de las cuales es la de Paraggi. Este es el trayecto que, junto con el que lleva a Zoagli, Nietzsche gustaba de recorrer cuando gestaba su Zaratustra.

—Sí —puntualiza una voz irritada desde el lado derecho—, sólo que entonces no habría este tráfico que te obliga en algunos tramos, tan estrechos que carecen de arcén, a estar más pendiente de tu persona que de lo que se le ofrece en torno.

—Tienes razón, querida sombra, pero considéralo como el plomo que se aloja en el ala...— replica burlona la bibliotecaria.

Una vez en Portofino, descendiendo por vía Roma se llega a la pequeña plaza —piazza dell’Olivetta— que es el eje de la vida de la localidad. Su suelo empedrado se transforma en los últimos metros en rampa que desciende al mar, sobre la que descansan barcas de distintos colores. Las casas, de colores diversos y persianas verdes, se suceden, pegadas unas a otras

25. SBARBARO, *Pianissimo*, p. 63 (traducción de la autora).

26. SBARBARO, *Pianissimo*, p. 41 (traducción de la autora).

27. *Ibidem*, p. 47 (traducción de la autora).

sin dejar espacios libres y con el mar a sus pies, por la Calata Marconi, cuya parte posterior da a la carretera de acceso. Los desconchados y manchas de algunas fachadas no le restan encanto, al contrario, le confieren un aire más auténtico. En frente está el muelle, una placa sobre un muro da cuenta de que Guy de Maupassant atracó aquí con su velero “Bel Ami” en 1889. Un poco más adelante comienza el sendero que lleva a dos montículos. En el primero, siguiendo el camino empedrado con guijarros bancos y grises se alza el santuario de San Giorgio, cuyo color amarillo contrasta con el verde de los pinos y el azul del mar, que se puede contemplar en toda su vastedad desde el mirador contiguo al santuario; continuando un poco, ya en la cima del montículo, hay un cementerio. En la otra elevación se encuentran el castillo Brown y el faro, que brindan también hermosas vistas, tanto de la localidad como de todo el golfo del Tigullio. Algunos cipreses destacan entre los pinos.

La bibliotecaria regresa a la plaza, se interna por las callejuelas del pueblo y otra vez, como una mariposa a la luz, a la plaza.

—¡Qué bonito es este pueblecito de marineros y campesinos! —exclama, disfrutando de la tranquilidad del lugar—. No hay ruido de coches, sólo se oye el rumor del mar... ¡Qué paraíso!

—Sí, un paraíso corrompido por el turismo de élite: hoteles y restaurantes de lujo, exclusivas tiendas de marca, yates... esto parece más bien *Morrofino* —interviene la sombra—.

—Es verdad, el paraíso está contaminado —admite la bibliotecaria—. ¡Pero qué hermoso sería en tiempos de Nietzsche!:

104

Aquí estaba yo sentado, aguardando —a nada—,
 Más allá del bien y del mal, disfrutando
 Ya de la luz, ya de la sombra, siendo totalmente sólo juego,
 Totalmente mar, totalmente mediodía, totalmente tiempo sin meta.
 Entonces, de repente, ¡amiga!, el que era uno se convirtió en dos.
 Y Zaratustra pasó a mi lado²⁸.

—Pues el siguiente personaje que según mis noticias apareció por aquí fue Liz Taylor con sus perritos. ¿Encontraría ella también a Zaratustra? —dice la sombra—.

Ambas, bibliotecaria y sombra, ríen con ganas. Y se despiden de *Morrofino*.

Múltiples campanas que repican sacan a la bibliotecaria de sus pensamientos. A las de las dos iglesias (una muy antigua) de Ruta dan réplica las de las poblaciones cercanas como Camogli, en la que admiró por primera vez las casas coloreadas con colores pasteles y trampantojos, es decir, pinturas que crean la impresión de que las fachadas poseen, sobre todo en torno a las puertas y ventanas (ocultas tras persianas verdes), elementos decorativos en relieve; y, en el acuario que alberga el castillo de piedra a la orilla del mar vio por primera vez los hipocampos o caballitos de mar.

En el tren, de regreso a Génova, rememora las últimas localidades de la *Riviera* de Levante que ha visitado, dos pequeñas poblaciones de *le Cinque Terre* (las Cinco Tierras): Monterosso

28. NIETZSCHE, *Así habló Zaratustra*, p. 15.

y Riomaggiore, a unos cien kms. de la capital Ligur. Son poblaciones marineras a las que sólo es posible acceder por mar o en tren y que conservan plenamente su primitivo encanto. En la primera, al salir de la estación hacia el mar, atravesando un túnel que hay avanzando unos metros hacia el este, se entra en la parte vieja del pueblo, en la que destaca una pequeña iglesia a franjas horizontales blancas y negras con un gran rosetón. Frente al muelle comienza la Salita dei Capuccini (Subida de los Capuchinos), que trepa por un montículo; hacia la mitad del camino, en una explanada, se yergue, frente a la inmensidad del mar, una estatua de San Francisco de Asís con un lobo, cubiertos ambos de verdín alzan un brazo y una pata hacia el cielo, a sus pies un gato atigrado parece querer reclamar para sí la atención del hermano del sol y de la luna; en la cima, el convento e iglesia de los capuchinos, que cuenta con una Crucifixión atribuida a Van Dyck, y un pequeño cementerio. En la placita de la iglesia la bibliotecaria descubre una placa con una poesía de Eugenio Montale, al descender por el otro lado de la colina hacía el Paseo Marítimo, con higos chumbos a los pies, varias más. Y es que, siguiendo dicho Paseo, un poco antes de llegar al atlante de piedra que lo cierra por el oeste, se encuentra, en via IV Novembre, entre hoteles, la villa donde la familia del poeta, nacido en Génova en 1896, solía pasar los veranos. Es un edificio en colores ocre, marrón y blanco, con las persianas marrón oscuro, rodeado de palmeras y adelfas que lo mantienen semioculto, y aislado del exterior por un muro de piedra; desde la verja se divisa también una fuente, seca, y el camino de grava que sólo los gatos recorren. En el ingreso al recinto privado donde se encuentra ubicada, en una placa, versos montalianos relativos a la casa de sus veranos lejanos “allá donde el sol quema / y oscurecen el aire los mosquitos”, pero ella prefiere aquellos que dicen:

Y andando bajo el sol que deslumbra
sentir con triste maravilla
cómo toda la vida y su fatiga
consiste en este caminar tras una muralla
que tiene encima trozos afilados de botella²⁹.

En Riomaggiore, la bibliotecaria se informa a la salida de la estación de que la especie más extendida en el Parque Nacional de las Cinco Tierras es la Euforbia, planta que produce un líquido lechoso denominado “leche de la bruja”, que según la mitología es la que Circe empleó para transformar en cerdos a los compañeros de Ulises. Luego, bajo un cielo completamente encapotado, admira el pueblo, sobre todo, el pequeño puerto flanqueado por casas apiñadas, del que parten dos caminos excavados en las rocas. El mar está picado y las olas pegan con fuerza en los escollos y los acantilados. Tras recorrer un buen trecho del que avanza hacia el este, hacia La Spezia, retrocede y se interna, totalmente sola, por el que se dirige al oeste, comienza a llover y el piso se hace resbaladizo, la bibliotecaria renuncia, con pena, a seguir la via dell’Amore, que conduce a Manarola. Sin sol, sin sombra y sin *amore*, se despide de las Cinco Tierras.

105

29. MONTALE, *Poesie scelte*, p. 11 (traducción de la autora).

De regreso a Génova, tras casi dos horas de viaje, el tren se detiene en Nervi, a pocos km de la ciudad. La bibliotecaria divisa el mar y fragmentos del Paseo Anita Garibaldi, que tantas veces recorriera durante el invierno y la primavera de 1986 y que ha vuelto a hacerlo en esta ocasión. Ve aquella antigua sombra sentada sobre los escollos con un libro en la mano. Se ve hace unos pocos días, salir de la estación y tomar el pasadizo que lleva al citado Paseo, recorrerlo bajo un sol radiante hacia el este, hasta la Torre



Gropallo, en la parte trasera del espléndido Parque Municipal en el que vio a una ardilla comer tranquilamente a dos metros de ella una nuez, y después hacia el oeste, para descender, con su sombra un poco rezagada a su derecha, hasta el pequeño puerto donde sobre un muro aparece, en letras blancas sobre fondo rojo y azul, la palabra *Zena* (Génova). Se ve desandar lo andado, la sombra ahora a la izquierda, y aparecer de nuevo en la estación, subir por *viale delle Palme*, detenerse en el número 16 a la altura del Hotel Astor, contemplar detenidamente una casita escondida tras el aparcamiento del hotel, continuar entre palmeras, adelfas, magnolios y olivos, y tomar a la derecha, por la calle Marco Sala, donde ¡oh alegría! encuentra la librería *La metà del cielo*. Con ella va también la otra, la bibliotecaria en ciernes —sombra ya— que visitaba esa librería,

106

con su propia sombra de aquel tiempo. Ella y su cortejo de sombras continúan subiendo y subiendo hasta alcanzar el barrio de Sant'Ilario y llegar al número 25 de la *via Aurelia*, ahí, en una casa ahora cubierta de andamios que a primeros del siglo XX era la "Pensión rusa", vivió con su madre, enferma de tuberculosis, y sus hermanas Valeria (hija del primer matrimonio del padre) y Anastasia, durante el invierno y la primavera de 1903, Marina Tsvietáieva. La poetisa rusa, que contaba diez años, no olvidaría nunca esa estancia que le deparó el primer contacto con la libertad —jugaban en el jardín y sobre los escollos de la parte trasera de la Pensión sin apenas vigilancia—, con el mar —lo rememoró en *Mi Pushkin*— y con el anarquista Kobyljansij, que le produjo una honda impresión. "Era la primera vez que nuestra madre y nosotras veíamos un hombre así. Por primera vez oíamos cuestionar todo lo que constituía nuestra vida, incluso Dios"³⁰, cuenta Anastasia Tsvietáieva el capítulo de sus *Memorias* dedicado a aquella estancia. En la mente de la autora, a pesar de los años transcurridos —las escribió a muy avanzada edad— y de las penalidades vividas —pasó quince años prisionera en Siberia— se conservaron indelebles los recuerdos de aquel tiempo, por ejemplo los de la "batalla de las flores", que tenía lugar en primavera en el *viale delle Palme*: por él subían y bajaban dos filas de carrozas tan rebosantes de flores que quedaban prácticamente

30. CVETAIEVA, *Nervi, amato paese*, p. 83 (traducción de la autora).

tapadas. Los caballos estaban asimismo adornados con flores. Volaban los confetis y la música sonaba por doquier... Marina y ella fueron intensamente felices aquel día.

La bibliotecaria come en Sant'Hilario *penne al pesto* y ensalada e imagina un encuentro que estuvo a punto de producirse: el de Marina con Anton Chéjov, que ya muy enfermo de tuberculosis —moriría en 1904—, tuvo intención de pasar en Nervi los meses finales de 1902 y los iniciales de 1903; el proyecto al final no se realizó, “una pena”, piensa la bibliotecaria, “pues quizá un hombre y escritor tan poco dado a los excesos como Chéjov, tratado personalmente a una edad tan temprana, hubiera podido influir en la ‘excesiva’ Marina, a quien su temperamento romántico jugó más de una mala pasada...”.

Acaba la comida y las elucubraciones, desciende y desciende hasta piazza Pittaluga, a la izquierda viale delle Palme y al fondo la estación de tren. “Nervi, amado lugar / Al dejarte lloraba / Cuando me fui era ya primavera / Y fue de la vida el inicio...”³¹, escribió Marina.

El tren llega a Génova, se detiene en primer lugar en la estación Brignole y después en la de Principe, donde desciende la bibliotecaria. La saluda un Cristoforo Colombo —Cristóbal Colón— de piedra que domina la piazza Acquaverdeque, se detiene a sus pies (metafóricamente hablando, pues a sus pies quien realmente se encuentra es una indígena americana) y contempla las diversas posibilidades de introducirse en la ciudad: a la izquierda, la circunvalación ascendente, la Génova de finales del siglo XIX que trepa por las colinas y vuelve a bajar por las calles Assarotti y Roma, para salir a piazza De Ferrari, via XX Settembre o la estación Brignole; a la derecha, en suave descenso, el Puerto y la parte vieja de la ciudad, la ciudad medieval de la poderosa República Marítima; de frente, las calles Balbi, Cairoli y Garibaldi, la Génova de los siglos XVI y XVII, donde se suceden los *Rolli*, palacios donde las grandes familias genovesas alojaban a los jefes de Estado extranjeros de paso por la República.

La bibliotecaria recuerda que, nada más llegar a la ciudad, se puso a recorrer su Génova: via Corsica —“parece que *Anna la dulce* ya no viene de pequeños pueblos cercanos a lagos europeos, sino de allende los mares” comenta la sombra al ver salir del número 2 a un anciano que se apoya en el brazo de una joven sudamericana— y el Museo de Arte Contemporáneo de Villa Croce, donde vio, en otoño de 1986, el mundo sin sol —la Génova que estaba a dos pasos— de los cuadros de Otto Dix, muchos de los cuales ha vuelto a contemplar veinte años después en otra ciudad; via XX Settembre y la estación Brignole, en las que ya no encuentra sus tiendas y sus bares; piazza Tommaseo, en la que todavía está su bar y, muy cerca, su herboristería suiza; piazza Fontane Marose —en la que las salidas de los autobuses se anuncian ahora en tablero electrónico— con los edificios limpiados y/o repintados, parece otra; piazza Banchi, el corazón histórico de la ciudad, con la Loggia de los Mercaderes blanqueada (en ella contempló, en una exposición de arte soviético, en otoño de 1986, *Caballería roja* —sombras rojas que parecen salidas de Altamira—, de Malévich y *Trabajadoras textiles* —sombras blancas y grises que parecen de otro planeta—, de Alexander Deineka, que también ha vuelto a ver, en otro lugar, en 2006) y el Palazzo Di Negro, que hacía honor a su nombre, restaurado,

31. CVETAeva, *Nervi, amato paese*, p. 106 (traducción de la autora).

custodiando los puestos de flores y discos que ocupan la plaza; y, en fin, piazza Corvetto, donde se encuentra el Museo de Arte Oriental Chiossone, cuya parte posterior da a la Salita delle Battistine, donde vivió Nietzsche y estudió Montale de niño.

Génova, la ciudad extranjera preferida por el médico de *La Gaviota*, de Chéjov, tiene puntos de contacto con el escritor ruso: es una ciudad austera que no gusta de pompas y oropeles, ni de exhibir sus joyas. Puede parecer, incluso, al primer golpe de vista, carente de la belleza que derrochan otras ciudades italianas; y, sin embargo, Génova es una ciudad llena de encanto, que hay que descubrir plaza a plaza, calle a calle; su belleza, serena y sobria, no necesita recurrir a llamativos adornos. Se comprende enseguida que Nietzsche —el Nietzsche que escribió: “La necesidad de lujo me parece que indica siempre una profunda vulgaridad de espíritu; como si alguien se rodeara siempre de bastidores porque no es nada completo, real”³²— se encontrara a gusto en ella y la considerara ideal para efectuar su “dieta” contra el romanticismo y el idealismo. Una ciudad que no cultiva lo exterior, que rechaza el artificio y los golpes de efecto, que se niega a proyectar una *imagen* de sí misma. Enemiga de espejismos y sentimentalismos, Génova despoja de narcisismo, *desbovaryza*.

Sumida en estas reflexiones, la bibliotecaria se ha adentrado en el Puerto Viejo, zona antes totalmente deprimida de la ciudad que encuentra transformada, gracias a la mano del arquitecto Renzo Piano, en un núcleo importante de oferta cultural y de entretenimiento, que cuenta con cines, la Biblioteca Juvenil E. De Amicis, la Ciudad de los Niños, el nuevo Acuario, el galeón que usó Polanski en *Piratas*, que se exhibe en el muelle, e importantes edificios como Puerta Siberia o el Palazzo San Giorgio, donde estuvo preso Marco Polo y que albergó la sede de la potentísima banca genovesa, restaurados. Cruzando la calle está piazza Caricamento, el puerto medieval, a cuyas espaldas se extiende, comenzando por los soportales de Sottoripa, la parte vieja de la ciudad, un auténtico laberinto de estrechas calles llamadas *carrugi*. La bibliotecaria recorre via de Pré, y tras cruzar la puerta de los Vacca, penetra en via del Campo, estos son

los barrios donde el sol del buen Dios no manda sus rayos,
tiene demasiados compromisos para calentar a la gente de otros pagos³³.

En ellos la asalta la misma mezcla de olores que antaño: sal, comidas, sudor, orina, humedad..., pero ahora la mayoría de los comercios están atendidos por emigrantes. No así el del número 29 de via del Campo donde se encuentra la tienda de música de Gianni Tassio, convertida en una especie de museo dedicado a Fabrizio De Andrè, cantautor nacido en Génova en 1940, de quien suenan constantemente canciones y se exponen las portadas de todos los discos, fotografías y la primera guitarra. En frente, en la parte izquierda de una placita hay una imagen de *Faber* —nombre que le daban sus amigos— fumando, con la cabeza ladeada y los ojos tapados por los cabellos y debajo, en una placa, el texto

32. JANZ, *Los diez años del filósofo errante*, p. 76.

33. DE ANDRÈ, “La città vecchia”, en *Tutto Fabrizio De Andrè* (traducción de la autora).

De los diamantes no nace nada
del estiércol nacen las flores³⁴.

Son los versos finales de su canción *Via del Campo*, dedicada a la “graciosa” que “vende a todos la misma rosa”, a la *bambina* que “hace brotar flores por donde camina...” a una de las putas de esta calle que hacía creer “que el Paraíso está ahí, en el primer piso”. Versos con los que su autor causó estupor en una sociedad fuertemente conservadora como era la genovesa de los años sesenta.



Fabrizio de André, que se “maleducó” en los *carrugi* de la zona portuaria de Génova (cuyo ambiente en sus años de juventud describió, junto a Alessandro Gennari, en la novela *Un destino ridicolo*) tuvo por maestro artístico y existencial a George Brassens, a quien nunca quiso conocer personalmente a pesar de tener ocasiones para hacerlo. Su héroe literario fue Oblómov, de quien admiraba la falta de pretensiones y la indolencia, que también practicaba entre disco y disco. Pero, a diferencia del Iliá Ilich de Goncharov, no se conformaba con soñar sino que a rachas intentaba hacer realidad sus sueños; resultaba entonces una mezcla de Dostoievski obsesionado con los “humillados y ofendidos, que pueblan sus canciones, y de conde Tolstoy, poseedor de una religiosidad personal que lo acercaba al cristianismo primitivo (alejándolo por ello del catolicismo oficial) y de una propiedad agrícola en Cerdeña. Pero quizá lo más llamativo en el Fabrizio de los años sesenta era el toque a lo Rimbaud: la belleza luciferina de un joven que busca provocar y escandalizar a las mentes mojigatas de la época. Y que a la compañía de las señoritas elegantes y remilgadas de su entorno —pertenecía a una familia muy acomodada y su padre desempeñó cargos de mucho relieve en la ciudad— prefería la de las prostitutas y los desheredados de los bajos fondos. Lo suyo no fue sólo una fiebre juvenil o una pose pasajera, porque detrás había un poeta, un gran poeta, que sabía extraer la flor del fango, y una persona que durante toda su vida se mantuvo firme y coherente en la defensa de sus propios principios, que le indujeron, por ejemplo, a rechazar la invitación de cantar con Bob Dylan con ocasión del quinto centenario del descubrimiento de América, celebrado en Génova con la Exposición Universal de 1992.

He aquí la opinión sobre Fabrizio de dos escritores: Erri de Luca y Stefano Benni. Dice el primero: “Ha sido el más grande, no sólo por lo que ha escrito y cantado, sino por carácter, por la rectitud del choque contra el engranaje brillante de éxito y carrera. Solfeaba con los derrotados, desmenuzaba su pan para los gorriones. Con él se ha extinguido la especie de los sal-

34. DE ANDRÈ, “Via del Campo”, en *Volume 1º* (traducción de la autora).

vajes. Queda el gran bazar de los domesticados³⁵. El segundo cree que fue “una isla entera suspendida entre los mares de la dulzura y de la rabia”³⁶. Y la de dos músicos: David Byrne, que tras escuchar el disco *Creuza de mã*, cantado en genovés, adquirió toda las obras de *Faber*, manifiesta que “todos debemos estar agradecidos a Fabrizio De Andrè por el hecho de que un poeta de su nivel haya elegido la ‘pop music’ como medio de expresión”³⁷. Leonard Cohen, por su parte expresa “su respeto por la memoria de Fabrizio De Andrè y su gratitud por la amistad de ambos en la canción”³⁸.

La bibliotecaria recuerda el impacto que le produjo a su sombra de hace veinte años oír por primera vez a Fabrizio de Andrè en el disco *Tutti morimmo a stento* (que podría traducirse por *A todos nos costó morir*): sobre un fondo de música clásica —es una cantata en si menor para coro y orquesta— una voz extraordinaria, hermosa y profunda, cantaba la parte sombría del mundo y recitaba en un italiano perfecto un fragmento final que dice:

Hombres sin tacha, semidioses
que vivís en argénteos castillos invictos
que tocasteis la gloria de altos soles
nosotros que invocamos piedad somos los drogadictos.
De lo inhumano atravesando el confín
conocimos con antelación la caducidad
que a todopreciado sueño pone fin:
que no os dé vergüenza la piedad.

110

Notarios, carniceros, banqueros
con el vientre enorme y las manos sudadas
y corazones como monederos
nosotras que invocamos piedad fuimos descarriadas.
Navegamos en frágiles barquitos
para afrontar del mundo la tempestad
y teníamos los ojos demasiado bonitos:
que no se os quede en el bolsillo la piedad.

Jueces electos, hombres en el más alto peldaño
nosotros que danzamos todavía en vuestros sueños
somos el humano desolado rebaño
de quien murió con el nudo al cuello
¿Cuántos inocentes a la agonía horrenda
mandasteis decidiendo su suerte
y en verdad pensáis que es honesta
una sentencia que condena a muerte?

35. GHEZZI, *El vangelo secondo De Andrè*, p. 186 (traducción de la autora).

36. *Ibidem*, p. 185 (traducción de la autora).

37. VIVA, *Vita di Fabrizio de Andrè*, p. 193 (traducción de la autora).

38. GHEZZI, *El vangelo...*, p. 206 (traducción de la autora).

Hombres a quienes la piedad no conviene siempre
 por no aceptar el destino compartido,
 id, en las tardes de noviembre,
 a espiar de las estrellas bajo el brillo desvaído
 la muerte y el viento, en el centro del cementerio
 mover las tumbas y unirlas por la junta
 como si fueran fichas gigantes en medio
 de un dominó que no acabará nunca.

Hombres, para que en la última partida
 no os asalte el remordimiento sin solución
 por la piedad jamás tenida
 y no se os vuelva estertor la respiración:
 sabed que la muerte os vigila
 felices en los campos o entre encalados muros
 como crecer el trigo el campesino mira
 en tanto no está para la guadaña maduro³⁹.

En este disco estremecedor la muerte está omnipresente, es el verdadero Poder que subyuga a todos, sus víctimas más fáciles, los más débiles, hablan desde el otro lado y advierten a los poderosos de que corren el mismo peligro. Cuando se es joven y se escribe con el corazón, como lo hice yo, se puede acabar predicando, diría más adelante Fabrizio de este disco publicado en 1968 en el que homenajea a François Villon. Posteriormente se alejará de ese tono; continuará, sin embargo, dando voz a gente humilde definitivamente amor-dazada por la muerte, así hará en *Non al denaro non all' amore né al cielo* (No al dinero no al amor ni al cielo), inspirado en la *Antología* de Spoon River, de Edgar Lee Masters, donde el músico callejero Jones y el resto de personajes que cantan sus vidas “duermen, duermen en la colina”; así también los niños indios de *Fiume Sand Creek* que, desde el fondo del río donde duermen, resucitan para contar cantando su asesinato en el disco sin título realizado en 1981 tras pasar cuatro meses junto a Dori Ghezzi, su compañera y luego esposa, en el *Hotel Supramonte*, es decir, secuestrado en las montañas de Cerdeña; y en la colina asimismo están los progenitores —“mi padre un halcón, mi madre un almiar”— del protagonista del *Canto del servo pastore*, incluido en el mismo disco.

Cuando Fabrizio no resucita en sus canciones a los muertos al margen de la sociedad, canta sus vidas irregulares que se desarrollan en las reservas de las ciudades opulentas, y pide siempre piedad; lo hace por última vez en la canción *Smisurata preghiera* (Desmesurada plegaria), inspirada en *La saga de Maqroll, el naviero*, de Álvaro Mutis, que cierra su último disco *Anime salve*, en la que pide

Por quien viaja en dirección obstinada y contraria
 con su marca especial de especial desesperación (...)

39. F. DE ANDRÈ, “Recitativo”, en *Tutti morimmo a stento* (traducción de la autora).

Recuerda, Señor, a estos siervos desobedientes
a las leyes de la manada
no olvides sus rostros...

Por Miche, que se ahorcó en prisión; por Piero, que prefirió morir a matar; por Marinella, “que resbaló en el río por primavera”; por la viuda del señor de Vly, que llora su triste suerte; por los suicidas “que al odio y a la ignorancia prefirieron la muerte”; por Jesús, que “en la cruz palideció como un lirio”; por Barbara, que sabe que “todo lecho de esposa está hecho de ortiga y mimosa”; por la graciosa con ojos grandes color hoja de via del Campo; por Boca de Rosa, que “ponía el amor sobre cualquier cosa” y revolucionó el pueblecito de Sant’Ilario (Nervi); por el drogadicto que vive su muerte de antemano; por María, que oye el martillo del carpintero que construye la cruz para su hijo; por Tito y Dimas, también crucificados; por el músico Jones, “que ofreció la cara al viento, / la garganta al vino y nunca un pensamiento / al dinero, al amor ni al cielo”; por la Suzanne de Leonard Cohen, “que te ha tocado el cuerpo con la mente”; por la Juana de Arco y la Nancy, también de Cohen; por los habitantes de Via della Povertà (Calle de la Pobreza) y Maddalena, que fue con su amigo a Durango, de Dylan; por el amigo frágil que “podía cambiar la guitarra y su yelmo / por una caja de madera que dijese perderemos”; por Teresa, que con los ojos secos mira al mar de Rímini; por Andrea, que tenía un dolor con rizos negros; por Franziska, cuyo dolor corta más que un cuchillo de España; por Jamina, loba de piel oscura; por el niño palestino asesinado por los “cazadores de corderos”; por Fernandino, que mezclaba sueños y hormonas en la cocina de una pensión y se convirtió en Prinçesa; por los khorakhané (gitanos originarios de Serbia-Montenegro) asesinados en campos de concentración; por quien ve a Nina volar entre las cuerdas del columpio...

112

Y por Fabrizio, espíritu libre, que duerme desde 1999 en la colina de su Génova natal donde se halla *Staglieno*.

Anochece, *Faber* deja de cantar en via del Campo. Desde la calle que le han dedicado en la zona rehabilitada del Puerto Viejo se ve una luz que, como la esperanza, se apaga y se enciende: es la *Lanterna*, el faro de Génova.

La bibliotecaria se despide agradeciendo a su destino que la condujera en su juventud a esta ciudad. De regreso a su particular colina, en la que yace la vida embalsamada en tinta, siente que valdría la pena existir por haber oído la voz y las canciones de Fabrizio De Andrè.

Bibliografía

ADORNO, Th. W., *Minima moralia*, Madrid, Akal, 2004.

CVETAeva, Anastasija, *Nervi, amato paese*, Genova, Sagep, 1998.

GHEZZI, Paolo, *Il vangelo secondo De Andrè*. Milano, Ancora, 2006.

JANZ, Curt Paul, *Friedrich Nietzsche 3. Los años del filósofo errante*. Madrid, Alianza, 1985.

MONTALE, Eugenio, *Poesie scelte*. Milano, Mondadori, 1990.

NIETZSCHE, Friedrich, *Así habló Zaratustra*, Madrid, Alianza, 1988.

— *Aurora*, Roma, Newton, 1990.

— *Ecce homo*, Madrid, Alianza, 1985.

— *La Gaya ciencia*, Madrid, Akal, 1988.

— *Humano, demasiado humano*, Madrid, EDAF, 1990.

— *El viajero y su sombra*, Madrid, EDAF, 1999.

POUND, Ezra, *I Cantos*, Milano, Mondadori, 1985.

SAFRANSKI, Rüdiger, *Nietzsche*, Tusquets, 2001.

SBARBARO, Camillo, *Pianissimo*, Venezia, Marsilio, 2001.

VIVA, Luigi, *Vita di Fabrizio De Andrè*, Milano, Feltrinelli, 2004.

Discografía de Fabrizio De Andrè

Tutto Fabrizio De Andrè (1966).

Volume 1º (1967).

Tutti morimmo a stento (1968).

Volume 3º (1968).

Nuvole barocche (1969).

La buona novella (1969).

Non al denaro non all'amore né al cielo (1971).

Storia di un impiegato (1973).

Canzoni (1974).

Volume 8º (1975).

Rimini (1978).

Fabrizio de Andrè (1981)

Creuza de mă (1984).

Le nuvole (1990).

Anime salve (1996).